

Conversación en la catedral del helado

Por NORMA NIURKA

Critica teatral de El Nuevo Herald

Contrario a lo que pueda aparentar —por la temática y la polémica desatada aquí recientemente en torno a la película cubana— la versión teatral de *Fresa y Chocolate* no es elitista, sino comercial; y tiene muchas probabilidades taquilleras en el Teatro de Bellas Artes, donde se ha estrenado.

En primer lugar, se trata de Cuba (el tema recurrente lógico en Miami); en segundo lugar, el revuelo creado por el matiz clandestino de las presentaciones de la cinta y las larguísimas colas para verla el pasado febrero en el Mia-



Marilyn Romero es Nancy en *Algunos prefieren fresa...*

mi-Dade Community College; en tercero, que se conoce en Cuba que ver la cinta se interpreta como conspirar contra el gobierno; y en cuarto lugar, que la obra se ha anunciado como una "respuesta" a la película, lo que quiere decir que acudirán tanto los interesados en verla como sus detractores.

Algunos Prefieren Fresa, Otros Chocolate, el título elegido para la obra basada en la película del realizador Tomás Gutiérrez Alea; basada a su vez en el cuento *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, de Senel Paz, otro cubano de la isla, resume el concepto del cuento y de la cinta.

El cuento ganó en 1990 el Premio Juan Rulfo, y la película (producción Cuba-España-México), estrenada con éxito extraordinario en diciembre pasado en el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, obtuvo, entre otros galardones, el Oso de Plata del Festival de Berlín.

En ambos medios se defiende el derecho a ser distinto, el derecho a disentir; y denuncia los prejuicios e intolerancia impuestos por el gobierno cubano. Todo esto mediante el encuentro fortuito —en Coppelía, "La Catedral del Helado", en La Habana— entre Diego, un homosexual desafecto al gobierno, que ama la cultura cubana; y David, un joven militante del Partido Comunista, que agradece su educación a la Revolución. Este penetra en el mundo opositor por casualidad y empieza a comprenderlo.

Sin ser una fuerte denuncia ni una reclamación; sin profundizar en la feroz persecución a los homosexuales en Cuba que fue condenada internacionalmente; *Fresa y Chocolate* es un *mea culpa* que expone errores del sistema.

Como precedentes, el cine cubano ha hecho críticas duras y reveladoras como *Alicia en el pueblo de maravillas*, *Plaff* y *Papeles Secundarios*. En teatro, tenemos otro tanto: *Niñita Querida*, *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea*; y, hace sólo unas semanas, la versión de *El Público*, de Lorca.

Quienes no aceptan *Fresa y Chocolate* cuestionan la honestidad de Alea y expresan que es tarde para reconocer errores.

La versión teatral de Gonzalo Rodríguez, reconocido actor-director-productor-luminotécnico, cuenta con un porcentaje del cuento, otro de la cinta y un panfleto agregado que sirve de parche sin trascendencia.

Pero en realidad, el concepto de sus autores no está alterado y el montaje es una réplica de la película. Y aquí hay un problema. De la misma forma que una pieza teatral llevada al cine necesita recreación en términos cinematográficos, una película que se lleva al teatro debe ser revalorizada para lograr un lenguaje teatral.

La agradable escenografía de Luis Suárez logra el mismo ámbito del apartamento de Diego en la cinta, con su despliegue fotográfico, libros, el balcón, el comedor y la sala, el mantón de manila y las porcelanas.

La selección musical, de Raúl Durán (quien interpreta el David), es cálida y ofrece un toque miamense que relaciona al público con la obra (Olga Guillot, Rolando Laserie, Elena Burke, Bola de Nieve).

Durante el estreno ocurrieron "baches" que serían de fácil solución, y, en general, la puesta en escena tiene dignidad y resulta graciosa y emotiva.

El director debe pensar, no obstante, en subsanar dos errores en la escena del "almuerzo lezamiano". El almuerzo tiene lugar de noche y el protagonista pierde el personaje de forma abrupta y arbitraria.

Es una pena, porque Gerardo Riverón ha logrado el primer trabajo de importancia artística desde que llegó a Miami hace cerca de dos años. Tiene de su parte el conocimiento de la realidad cubana de todo este tiempo y su experiencia en el teatro, el cine y la TV.

Riverón interpreta un Diego con manierismos perfectamente contralados y de una vis amarga y retardadora al mismo tiempo. Al comenzar la obra, Riverón está un poco exagerado, pero pronto toma las riendas del personaje. Su caracterización es original y la retahíla de chistes que dice Diego constantemente le brotan a Riverón con naturalidad.

En contraste, el David de Durán



Gerardo Riverón

carece de lógica y se reduce al rebuscamiento de la varonilidad. Seguramente, si el actor quisiera pudiera encontrar otros caminos para crear su personaje.

Marilyn Romero realiza un trabajo preciosista en el papel de Nancy (que no existe en el cuento de Senel Paz, pero es su creación en una película anterior), una muchacha histérica y vulgar. Es una delicia verla entrar y salir de escena siempre provocando sorpresa con especial encanto.

La actriz ha trabajado bien las acciones físicas y las ha asimilado, de manera que usa recursos inteligentes como la picadura de un mosquito o la caída de un zapato.

Elegir un principiante para trabajar en una obra como ésta es un error, de manera que Oscar Torres no tiene mucha culpa si no alcanza nivel profesional en el escenario.

El fuerte abrazo final entre Diego y David, con todas las connotaciones de despedida, quedó magníficamente teatral y mereció una ovación tan sonada como sentida. Este montaje ofrece una lección: que para divertir al público y atraerlo se puede conservar el buen nivel y la dignidad en escena.

Algunos Prefieren Fresa, Otros Chocolate, versión y dirección de Gonzalo Rodríguez, se presenta, por Producciones Callope, en el Teatro de Bellas Artes (2173 SW Calle Ocho, Tel. 325-0515). Funciones: viernes, 9 p.m.; sábados, 8:30 p.m.; domingos, 2 p.m. Entrada: \$15.

